

Discurso de presentación del doctor Habib Estéfano ⁽¹⁾

Si hemos, de la mucha benevolencia del doctor Estéfano, requerido los estudiantes de la facultad, no solamente la honra de una disertación suya organizada por la institución que nos agremia, sino también la primicia de una disertación suya versante sobre la lírica arábiga, es porque preferimos a los demás los actos de su gestión perdurable, que la frecuentación del platonismo nos ha enseñado a discernir entre los infinitos que constituyen la conducta. No viene, en efecto, la disertación de esta noche a engrosar el número de las conferencias mundanas, a suplementar el acervo de las peroraciones decorativas. Nuestra casa de altos estudios carece, con carencia que devendrá bochornosa, de cátedras de lenguas y de literaturas semíticas. Entre tanto, la disertación de esta noche, madura de consecuencias, quedará como el estrado sobre el que se asentará las cátedras futuras.

La ley del menor esfuerzo, que lo es de inercia en el mundo psíquico no menos que en el orgánico, determina nuestra inclusión, tan frecuente como errónea, de la literatura arábiga en la absurda categoría de las literaturas exóticas. Semejante superficialidad se patentiza cuando, por ejemplo, reconstruimos a nuestro modo, al través de los divanes de los poetas más antiguos, sólo accesibles

(1) Pronunciado en el anfiteatro de la facultad el 1º de septiembre de 1925. El doctor Estéfano disertó sobre « La poesía lírica de los árabes ».

a nosotros en traducciones impotentes, el escenario de las casidas anteislámicas. Está alfombrado de rojizo por las arenas del desierto, maculado de obscuro por los campamentos de las tribus y empenachado de amarillo por las montañas del interior. Los mercaderes de la Arabia feliz, paganos expendedores de perfumes, lo recorren de sur a norte, y de norte a sur lo recorren los mercaderes de Hira, cristianos expendedores del vino vendimiado a orillas del Eufrates y que no producen los oasis en medio de sus jardines de palmeras. Las caravanas idólatras lo cruzan en dirección a La Meca, y en múltiples direcciones, azarosas como los vientos innumerados, las caravanas de los beduinos salteadores. Los beduinos guerreros, montados en sus corceles, vestidos de cota persa y armados de larga lanza de bambú, lo pueblan con el horror de sus luchas fraticidas, seculares a veces, trabadas por la posesión de un manantial. Y por sobre aquel ambiente de salvaje primitivismo, flota el ensueño de mujeres conmovedoras, oscilantes entre la infancia y la adolescencia, fragantes más que los prados, cuya visión refresca los ojos, cuya fisonomía resplandece como la luna llena y cuyo encanto no había de palidecer sino ante el extraterreno de las huríes coránicas, de virginidad siempre renaciente, promesa paradisiaca del Profeta.

No es admisible que continuemos considerando exótica una literatura que, expresión del espíritu humano, cuya unidad la filosofía postula, tiene que ser natural; una literatura en que se canta los sentimientos eternos: el sentimiento de la Naturaleza, el amor, el odio, la generosidad, el valor; una literatura que en todos los géneros, excepto el teatro, produjo, durante siglos, obras maestras; que elevó a gran idioma el remoto dialecto de los Coreichitas, como ocurriría más tarde con el de la Isla de Francia, con el castellano y con el toscano; que tuvo su época clásica, su época clasicista y su inevitable decadencia, sus manifestaciones vigorosas y sus exhaustos preciosismos; que, en fin, conserva sus cantares de gesta en el *Hamasa* y en el *Libro de los Cantares*, su *Iliada* en la *Novela de Antar*, su ciclo de la Tabla Redonda en las historias de los Beni-Hilal, su *Quijote* en las *Estancias* de Hariri, sus *Dió-*

logos platónicos y su *Cortesano* de Castiglione en las *Praderas de Oro* de Masudi y su *Decamerón* o, como quieren algunos, su *Kilomerón* en el *Libro de las Mil Noches y Una Noche*.

Como se ve, la literatura arábiga es de interés universal para los estudiosos de la cultura. Añádase que es también de interés inmediato por el influjo que en un momento determinado de la historia ejerció por el conducto de España sobre la Europa adormecida, y de interés por razones obvias todavía más inmediato para los hispanoparlantes.

Pero cuadra decir aquí que la literatura arábiga es, además, de interés especial para nosotros los argentinos. Nuestro genial Sarmiento — que, dicho sea de paso, descendía de árabes por la línea materna — explicó en su *Facundo* y en su *Conflicto* nuestra evolución sociológica contraponiendo en fórmula famosa la « civilización », encarnada por las ciudades, y la « barbarie », encarnada por las pampas. La explicación halló proseguidores en José María Ramos Mejía, en Carlos Octavio Bunge, en Juan Agustín García; pero Ricardo Rojas la ha combatido en su *Blasón de Plata*, donde sostiene que el terruño no es fuente de barbarie, sino, por el contrario, numen de la nacionalidad. Y bien: la literatura arábiga ha sido fundamentalmente la literatura del desierto. En éste se desenvolvió su período clásico. Sus poetas nómadas fueron superiores a sus poetas ciudadanos. Sus líricos residentes en las cortes de los califas trocaban a menudo los fastuosos palacios por las humildes tiendas. La escuela de la poesía arábiga no residió en las urbes populosas, sino en las arenas inhabitables. Acaso pueda conducirnos el conocimiento profundo de este hecho aparentemente curioso a una explicación sociológica más exacta de nuestra historia y a una literatura venidera más nacional que la de hoy.

Maestro :

Ya conocéis los motivos por los cuales nos interesan tanto vuestra lengua y vuestra literatura. Hemos anhelado que fueseis vos quien de ellas nos hablara por la dulzura de vuestra elocuencia

inimitable y por el prestigio de vuestra sabiduría oriental ; por la dulzura y por el prestigio de una elocuencia y de una sabiduría que nos habéis traído de esa distante Siria vuestra en que se compuso la narración de Aladino y de su lámpara legendaria ; porque al estaros entre nosotros nos concedéis la gloria de ofrecerle nuestra hospitalidad a un representante de los países en que la hospitalidad es un culto ; porque por todo ello estáis en vuestra casa delante de la juventud aquí presente. Sólo me queda, señor, pedir que disimuléis el tiempo restado, ya que mis palabras no han sido más que un imprescindible alzar el telón sobre la inminente maravilla.